

Bogotá noire

Sebastián Medina

Intenté salvarla. Quise hacerlo por ella y también por mí mismo, por demostrar que correríamos más rápido que los recuerdos si íbamos cogidos de la mano. Pero el pasado siempre está ahí cuando miro hacia atrás; es un grillete, como el juego de la zanahoria y el burro. La idea era no mirar atrás y que a nuestro paso se fuera jodiendo solita esta ciudad inmunda que tanto amé.

Pero ese fue nuestro error. Fui yo quien intentó quitarle su tesoro máspreciado, la quería solo para mí y mi mortalidad absurda. Antonieta pagó mi atrevimiento. Me quedé con poco más que la humedad de la lluvia, el recuerdo de un estruendo que humilló a los relámpagos y la imagen hermosa, atemporal e irremediable de ella tendida a mi lado, en el platón de una camioneta que nos iba a llevar lejos. Era un ángel, el cabello mojado que cubría su rostro avergonzado me hizo pensar en que no la amé lo suficiente en los últimos segundos antes de perderla.

Para ese entonces había dejado a Los Chapines varios años atrás. Solían llamarme Walker, era un juego de palabras entre Walberto Caminos, mi nombre, y mi parecido con un personaje de una película policiaca del 67. El cine se había



vuelto un plan frecuente entre Los Chapines desde que inauguraron el Múltiplex Andino. Cuando no estaban vendiendo drogas, cobrando deudas o bebiendo en su guarida, el bar Highway Chapinero, estaban comiendo maíz pira en el cine.

Yo era uno de los encargados de las cobranzas, sin embargo el que menos se ensuciaba las manos, el chofer, que llevaba a los chicos a hacer el trabajo sucio. Manejaba una Ford F-100 roja traída desde Brasil. Fue un regalo del jefe, el viejo me apreciaba, era uno de sus favoritos. Bogotá se convertía en un *travelling* constante; cuando la miraba a través del parabrisas, de repente era la ciudad más bella del mundo, y la conocía tanto que yo mismo podría tatuarme en todo el cuerpo y con los ojos cerrados su malla vial.

De verdad amé tanto a Bogotá que no pude evitar perdonarla. De verdad amé tanto sus cafés amargos, sus verdes oscuros, sus azules sanguíneos, sus grises ebrios, sus negros salseros y sus blancos tullidos. Sus aves majestuosas y vulgares a la vez, copetones, mirlas y pericas. En fin, sus parques, sus iglesias, sus santos, sus putas, sus muertos, sus líderes muertos, sus amantes vivos, sus chicos malos, sus cuerpos buenos, sus cuerpos, sus cuerpos, ¡carajo, sus cuerpos! Amé tanto a esta ciudad y sus cuerpos, vestidos, desnudos, cuerdos, etéreos o como fuese. Amé todos y cada uno de ellos, pero amé y preferí uno en especial que superaba a todos los demás por pura ventaja divina.

Ese cuerpo era de mujer. Su nombre, Antonieta Vega, recordaba la fuerza de *La Libertad guiando al pueblo* y a la vez la pureza de alguien que pediría perdón a su verdugo por pisarlo. Antonieta podía ser cualquier Geraldine Doyle y a la vez cualquier Marilyn Monroe, cualquier mujer de la historia o de la ficción que yo pudiese imaginar, y aunque en nuestro pequeño mundo de pillos ella solo fuera la mujer del jefe, todas las apre-

ciaciones que yo pudiese hacer de ella convergían en una sola, era Bogotá en carne y hueso.

Cuando no estaba manejando por la ciudad, solía estar en el Highway Chapinero bebiendo y escuchando música. Mis encuentros con Antonieta pueden resumirse en mirarla, invitarla a un trago, sonreírle un poco y sacarla a bailar, todo en silencio y cuando el jefe no estaba presente. Lo bueno es que parecía que los chicos estaban de mi lado, en especial Toño, el barman. Su lealtad romántica estaba conmigo, no dejaría escapar palabra alguna que estropeará el hecho de ver a Antonieta sonreír con tanto esplendor. Ciertamente su sonrisa tenía una naturaleza celestial. Después de extorsionar, traficar y matar, los Chapines volvían al Highway Chapinero a buscar redención. La sonrisa de Antonieta los exoneraba de sus pecados; verla bailar, así fuera conmigo, les suponía pensar que todo estaba bien, que era legal el comercio de drogas y que Los Chapines eran una banda rola que se dedicaba únicamente a ir al cine y a ver bailar mujeres hermosas.

Aquellos eran días buenos. Una tarde en que el sol brillaba me volé un ratito con Antonieta, cogimos la Ford y nos fuimos a pasear por La Candelaria. Manejar por esas calles era como estar en un rodaje *amateur* sobre el amor de dos épocas, un amor estático y definido, muy opuesto a los sentimientos implícitos que yo tenía por ella. Allí el tiempo se transformaba en cajitas de colores que a la luz del sol reflejaban toda la incertidumbre de si allí vivían personas o sueños. Antonieta miraba por la ventana y en toda la plenitud del asfalto por donde pasaba la Ford se iban construyendo las casas con cada vistazo. No tuvimos tiempo de mirarnos entre nosotros, pero sí de juntar esporádicamente nuestras manos en la palanca de cambios y yo, especulativo como de costumbre, me di cuenta de que, en ese silencio fibroso de un cine para dos, estaba enamorado de Antonieta.



Aquellos no eran días tan buenos. Poco después del paseo por La Candelaria, fui con los muchachos al Múltiplex Andino. Normalmente yo los esperaba afuera en la Ford, pero insistieron tanto que terminé adentro comprando maíz pira y gaseosa. Fuimos a ver *El resplandor*. Los muchachos se llevaron la comida y las gaseosas mientras parqueaba la Ford porque la había dejado sobre la avenida. Escuché varios estruendos que provenían del cine, luego gritos y minutos después, el chirrido de las llantas de un vehículo. Mi cuerpo se entumeció por unos segundos y lo sentí absurdamente frío.

Aquellos eran días terribles. La gente salía corriendo de la sala en donde se iba a presentar *El resplandor* y a medida que me acercaba el miedo se hacía más agudo. Entré y el proyector mostraba una pantalla blanca. Los muchachos estaban muertos, abaleados, su juventud criminal les había sido arrebatada. ¿Quién fue? No puedo saberlo, yo no me metía en esos asuntos, simplemente era el chofer, no era más que un inútil. Los muchachos estaban muertos y el chofer estaba vivo. El chofer estaba vivo y era un cobarde. El cobarde estaba vivo y era un cagón. El cagón seguía vivo y lloraba. Lloraba y apretaba sus puños.

No tuve más remedio que irme en la camioneta. En la radio pasaban la noticia de la masacre del Múltiplex Andino. Apagué la radio. Mientras manejaba, todavía quieta, callada y oscura, Bogotá se me caía a pedazos. Esa noche odié la ciudad como se odia a un dios que no es misericordioso. Llegué al Highway Chapinero, dejé la Ford en el parqueadero y no entré, no lo hice en mucho tiempo. Me olvidé de mí mismo y decidí volverme el hijo pródigo de esta ciudad. Duré semanas, días y meses borracho, barbudo, sucio y desconcertado. Solía escabullirme en Monserrate por las noches y me sentaba mirando hacia la ciudad. Cuando el sol comenzaba a calentar mi espalda, tomaba un buen trago y esperaba en vano que fuera un día mejor.

El cobarde del Highway. El chochón. Ojalá lo hubieran matado también. Péguese un tiro, güevón. Borracho asqueroso. Debería darle pena. Tenga pantalones y plante cara. Eran sus amigos... Todas las voces de mi cabeza tenían razón, ninguna podía ser más sabia y racional. Siempre fui un cobarde, pero seguro de tanta borrachera se me había prendido el orgullo. Me afeité, me di un buen baño y me vestí. Fui caminando hasta el bar y entré como un cliente. Los Chapines, al verme, me miraron molestos, todos menos Antonieta que se sentó a mi lado en la barra. Incluso meses después retomamos nuestro ritual como si nada hubiese pasado. Todos allí querían comerme vivo pero ella me perdonó y yo nunca la olvidé. Después de unos tragos y unas miradas confusas, nos pusimos de pie y fuimos a bailar.

Bailamos dos canciones. Primero una vieja pero poderosa: *Decisiones* de Richie Ray y Bobby Cruz. Parecíamos dos trompos, dos bestias; el universo de repente fue Walberto-Antonietacentrista. La segunda canción me afectó un poco, pero Antonieta me retuvo y me clavó una mirada enriquecida por su sonrisa: *Decisiones* de Rubén Blades. Me aturdí un poco, no bailaba tan bien, pero no importaba, Antonieta cerraba los ojos por momentos y sonreía, y eso me bastaba. *Decisiones, todo cuesta. ¡Salgan y hagan sus apuestas!* Besé a Antonieta en medio de la pista mientras seguía la música.

Decisiones, todo cuesta. El jefe salió furioso, yo seguía un poco atembado. Empezó a forcejear a Antonieta y a repetir lo que decían las voces de mi cabeza. Me amenazó y me dijo que me largara por las buenas. Yo solo la quería a ella, así que le metí un manazo al jefe y la saqué del bar. ¡A lo *love story!* Todos los Chapines se fueron detrás nuestro, pero los perdimos, a excepción de uno. Seguíamos corriendo por Chapinero. Era de noche y comenzó a llover. Las calles, solas, hacían eco de nuestros pasos húmedos. A punto de agotarnos, Toño llegó con la



Ford como caído del cielo lluvioso. Subimos al platón y creímos asegurar nuestra victoria.

Por ahí dicen que el problema de querer algo es el miedo a perderlo o a no conseguirlo nunca. Detrás nuestro había un hombre que había sido ofendido en su propia casa. Ese hombre, un tanto viejo, se puso su sombrero para bloquear la lluvia de sus ojos. Se quitó su abrigo pesado y sacó del estuche de su cinturón un revólver. No se es el jefe de Los Chapines por cualquier vaina. Levantó el arma y alineó la mira con su visión. Silenció el ruido de la tormenta por un instante. De las dos sombras que estaban en el platón de la Ford, cayó una. Ahí me encontraba yo, reconociendo mi error, o lo que faltaba de él. Siempre supe que Bogotá, la maldita, asquerosa y bella ciudad, era un beso en medio de palomas muertas. El beso ya estaba, faltaba lo otro. Y el orgullo de esta ciudad es implacable.